

darle mejor a conocer, que vale tanto como decir para hacerle mejor amar, publico, bajo mi responsabilidad, ante mi conciencia y ante la que me ve, quizá, estos fragmentos significativos de la especie de Memorias de su vida meditativa. Creo que no me prohibió publicar algo escogido con discreción, en beneficio de las letras y de su puro renombre, toda vez que me dijo: «Ahí encontrará usted algo.»

Sabemos que Luis de Ratisbonne no ha publicado, ni mucho menos, todas las notas de Vigny. Algunas han sido después entregadas al señor Dorison y al señor Fernando Gregh, quienes las han publicado, el uno en su libro *Alfredo de Vigny, poeta filósofo*, y el otro, en 1906, en la revista *Las Letras*.

Por otra parte, varios fragmentos han sido atribuidos por Luis de Ratisbonne a fechas evidentemente erróneas. En su edición del *Diario de un poeta*, el señor León Séché, que conocía mejor que nadie todo lo que concierne a Vigny, ha sabido restablecer el orden cronológico. Salvo en algunos pasajes, hemos seguido el ejemplo del señor Séché.

DIARIO DE UN POETA

1747
1824

El combate intelectual.

Dios arrojó—tal es mi creencia—la tierra en medio del aire, e igualmente al hombre en medio del Destino. El Destino le envuelve y le conduce hacia el final, siempre oculto. El individuo vulgar se ve arrastrado por esta fuerza; los grandes caracteres son los que luchan. Hay pocos que hayan combatido durante toda su vida; cuando se dejaron llevar por la corriente, estos nadadores se ahogaron. Así, Bonaparte se debilitaba en Rusia, caía enfermo y dejaba de luchar; el Destino le había sumergido. Catón fué su maestro hasta el último instante. El fuerte crea los acontecimientos; el débil acepta los que el Destino le impone. Una distracción le conduce al fracaso algunas veces; es preciso que vigile siempre su vida—rara cualidad.

*El Destino
y el hombre
Lad*

La única facultad que estimo en mí es mi eterna necesidad de organización. Apenas una idea nace en mi cerebro, le doy en el mismo instante su forma y su composición: su *organización completa*.

Mi vida tiene doscientos años.

La imaginación nos envejece, y, con frecuencia, parece que vimos más mientras soñábamos que cuando vivíamos.

Imperios destruidos, mujeres deseadas o amadas, pasiones aplacadas, talentos adquiridos y perdidos, familias olvidadas... ¡Oh, cuánto he vivido...! ¿No hace doscientos años que todo era así...? Compendio de mi vida entera.

Tránsito por el mar.

Un hermoso barco salió de Brest un día. El capitán hizo amistad con un pasajero. Hombre de talento, le dijo:

—No encontré nunca hombre alguno que me fuese tan querido.

Llegaron a la altura de Taití. Mandó formar. El pasajero le dijo:

—¿Qué tiene usted ahí?

—Una carta que tengo orden de no abrir sino ahora, para ejecutar su contenido.

Dijo a los marineros que prepararan sus fusiles, y palideció.

—¡Fuego!

Y le hizo fusilar (1).

Comparación poética.

Islandia.—Durante las noches de seis meses—las largas noches del Polo—un viajero subió a una montaña, y, desde allí, vió a lo lejos el sol y la luz del día, en tanto que la noche estaba a sus pies. Del mismo modo, el poeta ve un sol, un mundo sublime, y lanza exclamaciones de éxtasis sobre este mundo real, mientras los hombres se hunden en la noche.

La reputación sólo encierra una cosa buena, y es que permite tener confianza en sí mismo y decir en voz alta nuestro pensamiento completo.

(1) Primera idea de *Laurette o el Sello rojo (Servidumbre y grandeza militares)*.

Organización extraña.

Mi cabeza, para concebir y retener las ideas positivas, se ve obligada a lanzarlas al dominio de la imaginación, y experimento tal necesidad de crear, que preciso decirme a cada paso:

—Si tal ciencia o tal teoría práctica no existiese, ¿cómo la formaría?

Entonces aparece la idea fundamental; luego, el conjunto; luego, los detalles... Y la veo y retengo para siempre.

¿Y cómo hacer de otro modo para llegar de *Étoa* a la teoría de infantería?

1825

9 de Diciembre.—Acabo de revisar las últimas pruebas de *Cinco de Marzo*.

La originalidad de este libro consiste en que todo en él tiene la apariencia de una novela, y todo en él es historia. Pero se trata de un alarde de composición del que no se está satisfecho, pues aunque hace más interesante la lectura de la historia, por medio de la descripción de las pasiones, obliga a sospechar alguna falsedad de los hechos, y en ocasiones los falsea, en efecto.

1826

9 de Febrero.—La sesión de la Academia durante la recepción del duque de Montmorency fué muy notable. Ante una numerosa concurrencia de mujeres, entre la que apenas se encontraba alguno que otro académico, hablaron sucesivamente tres hombres: el señor de Montmorency, el señor Daru y el señor de Chateaubriand. Yo me hallaba enfrente de su tribuna, en el palco del Norte, y les escuchaba sin apartar los ojos de sus semblantes, con una atención profunda. He visto en ellos a tres hombres que hubieran presenciado, en mares diferentes, las tempestades revolucionarias, y me pareció apreciar en su exterior y en todo su sér las características de sus respectivas vidas. El señor de Montmorency aparecía pálido por los ayunos y las austeridades. Su rostro, muy noble, su cuerpo enjuto e inclinado, su voz débil y dulce le daban el aspecto interesante de un mártir. Su discurso fué modesto y de buen gusto; pero demasiados detalles relativos a los hospitales y a la caridad ponían de manifiesto a un hombre que, de buena fe, confunde a los pobres con el pueblo, la limosna con el beneficio y la cortesía con el favor. En todo su continente mostró esa turbación propia de un gran señor que cree encontrarse como a descubierto, y, despojado de todas sus dignidades, compa-

rece ante hombres de talento. Se encontraba turbado, hasta el punto de que, durante la respuesta del señor Daru, no cesaba de dar vueltas entre sus dedos al cuaderno de su discurso, a la manera de un buen escolar que escucha atentamente la reprimenda que se le hace, sin atreverse a apartar sus ojos de los del director, quien le trataba bastante mal, y asintiendo de vez en cuando, en actitud inteligente y dócil.

En cuanto a Daru, inmóvil en su tribuna, ostentando su cordón rojo, hablando sentado, con una voz grave y fuerte y un acento despiadado, con su mirada severa, presentaba ese aspecto militar y serio de los hombres de Bonaparte, y hallé muchas cosas en su discurso, fríamente pulido.

Lunes, 6 de Noviembre.—La facultad de ver lo es todo para mí. Una sola ojeada me revela un país, y mediante una mirada creo adivinar el alma en un semblante.

Hoy, a las once, el tío de mi mujer, el señor coronel Hamilton Bunbury, me ha presentado a sir Walter Scott, a quien conoce. En un departamento del Hotel de *Windsor*—en el segundo, al final del patio—, he encontrado al ilustre escocés. Al entrar en su despacho, he visto a un viejo completamente distinto a como lo representan los retratos vulgares. Es alto, delgado y un poco encorvado; su hombro izquierdo se inclina un poco hacia el lado de su cojera; su cabeza conserva aún algunos cabellos blancos;

sus cejas son blancas, y ensombrecen dos ojos azules, pequeños, fatigados, pero muy dulces, enternecidos y húmedos, denotando, en mi opinión, una sensibilidad profunda. Su tez es clara, como la de la mayoría de los ingleses, y sus mejillas y el mentón aparecen ligeramente coloreados. Inútilmente he buscado la frente de Homero y la sonrisa de Rabelais, que nuestro Carlos Nodier vió, con su entusiasmo, en el busto de Walter Scott, en Escocia. Su frente me ha parecido, por el contrario, estrecha, y únicamente espaciada por encima de las cejas. Su boca es redonda y un poco abatida hacia las comisuras de los labios. Tal vez esto obedezca a la impresión de un dolor reciente; no obstante, a mí me ha parecido habitualmente melancólico, tal y como lo he encontrado. Se le atribuye una nariz aguileña; pero ésta es corta, levantada y gruesa hasta la extremidad. El perfil de su rostro y su expresión guardan una relación singular con el porte, la expresión y las facciones del duque de Cadore, y más aún con los del mariscal Macdonald, también de raza escocesa; pero, más fatigada y pensativa, la cabeza del sabio aparece más inclinada que la del guerrero.

Cuando abordé a sir Walter Scott, éste se hallaba ocupado en escribir junto a un pupitre inglés de limonero, envuelto en una bata de seda gris. La luz del día entraba por la ventana y caía sobre sus cabellos blancos. Se levantó en una actitud muy noble y estrechó afectuosamente mi mano en la suya, calien-

te, arrugada y un poco temblorosa. Prevenido por mi tío acerca de que debía dedicarle un libro, lo recibió muy emocionado y nos hizo seña de que nos sentáramos.

—No se ve todos los días a un grande hombre en estos tiempos—le dije—; no he conocido aún mas que a Bonaparte, a Chateaubriand y a usted.

Me reprochaba en secreto olvidarme de Girodet, mi amigo, y de otros; pero tenía en cuenta que estaba hablando con un extranjero.

—Me considero muy honrado, muy honrado—me respondió—; comprendo cuanto usted me dice; pero yo no sabría contestarle en francés.

Al oír estas palabras comprendí que una muralla se interponía entre nosotros.

Al darse cuenta de que mi tío me traducía sus frases en inglés, se esforzó, hablando lentamente, por expresarme sus ideas.

Refiriéndose a *Cinco de Marzo*, dijo:

—Conozco ese acontecimiento; corresponde a una bella época de su historia nacional.

Le dije que me escribiera comunicándome los defectos que encontrara, y le entregué mi dirección.

—No cuente usted conmigo para hacer crítica—me dijo—; yo, únicamente siento...

Me oprimió la mano en una actitud paternal. Su mano, un poco gorda, temblaba mucho. Supongo que obedecería a la impaciencia de no saberse expresar. Mi tío creyó que mi visita le causaba una

emoción tierna. ¡Dios lo quiera, y también que todas sus horas sean felices...! Le supongo sensible y tímido... ¡Sencillo e ilustre viejo...! Le pregunté si volvería a Francia.

—No sé—me dijo.

El embajador le esperaba e iba a salir. Le abandoné, no sin haberle observado con una mirada fija mientras hablaba en inglés con mi tío.

1828

Todo el trabajo de la Humanidad que fermenta es el combate del orden contra la libertad. Camina hacia la conciliación. El deseo del sér aislado constituye la libertad; el deseo del sér social es el orden, por necesidad de protección. El imperio, siempre creciente, de la inteligencia, conducirá a la sociedad a una época en que ningún deseo de libertad quede frustrado y en que el orden lo asegure invariablemente.

1829

La historia del mundo no es otra cosa que la lucha del Poder contra la opinión general. Cuando el Poder sigue a la opinión, es fuerte; cuando la contraría, cae.

*El orden
contra la
libertad*

El arte es la verdad selecta.

Si el principal mérito del arte sólo estuviese en la reproducción exacta de la verdad, el panorama sería superior en el *Descendimiento de la Cruz*.

Exordio.

Exento de todo fanatismo, no tengo ídolo alguno. He leído, he visto; pienso y escribo solo, independiente.

Elevación.

Como el pequeño Pulgarcito, al salir, se llenó la mano de granos de mijo y los fué echando por el camino, al salir nosotros nos llenó Dios la mano de días, cuyo número está contado, y nosotros los sembramos por nuestro camino con inconsciencia, sin inquietarnos al ver disminuir el número.

El hombre es tan débil que, cuando uno de sus semejantes se presenta diciendo: «Yo lo puedo todo», como Bonaparte, o «Yo lo sé todo», como Mahoma, sale vencedor y consigue la mitad de lo que pretende.

De aquí el éxito de tantos aventureros.

La conciencia pública es el juez de todo. Existe un poder en un pueblo congregado. Un público igno-

rante equivale a un hombre de genio. ¿Por qué? Porque el hombre de genio adivina el secreto de la conciencia pública. La conciencia—*saber con*—parece colectiva y pertenece a todos.

Cuando un siglo se pone en marcha guiado por una idea, es semejante a un ejército caminando por el desierto. ¡Ay de los rezagados...! Quedarse atrás, es morir.

¿Qué diferencia existe entre la curiosidad que obliga al pueblo a acudir cuando pasa el rey, una jirafa, un salvaje o un actor...? ¿Separa una curiosidad de otra un cabello o una aguja...?

El soltero no entrega, como el padre de familia, *rehenes* a su país: la mujer y los hijos, garantías de que no puede desertar y hacerse cosmopolita.

El poder es patrimonio de la luz; de aquí que, durante la Edad Media, el clero poseyese la fuerza, porque contaba con la ciencia. Hoy es inferior en conocimientos, y por eso decae.

Es preciso que los hombres de talento atiendan a los puntos amenazados del círculo del espíritu humano, y se hagan fuertes por lo que falta a la nación.

El pensamiento es semejante al compás, que ho-

El poder es patrimonio de la luz

rada el punto sobre el cual gira, aunque su otro brazo describa un círculo alejado.

El hombre sucumbe a causa de su trabajo y es horadado por el compás.

La razón ofende a todos los fanatismos.

Todo hombre no es otra cosa sino la imagen de una idea del espíritu general.

La Humanidad constituye un interminable discurso, del que cada hombre ilustre es una idea.

Tragedia.

Quiero representar siempre al *Destino* y al *hombre* tales y como los concibo: al uno, arrebatándole, como el mar, y al otro, grande porque lo aventaja, o grande porque lo resiste.

Del eclecticismo.

El eclecticismo es indudablemente una luz; pero una luz como la de la luna, que alumbra sin calentar. A su claridad pueden distinguirse los objetos, pero toda su fuerza no produciría el más ligero destello.

Hablar de nuestras opiniones, de nuestras amista-

des, de nuestras admiraciones con una semisonrisa próxima a abandonarlas para afirmar lo contrario: vicio francés.

Los franceses.

Todo francés, salvo algunas excepciones, nace *vau-devillista*, y no concibe nada más elevado que el *vau-deville*.

¡Escribir para semejante público, qué irrisión! ¡Qué lástima! ¡Qué oficio...!

A los franceses no les gusta la lectura, ni la música, ni la poesía, sino la *sociedad*, los salones, el ingenio, la prosa...

La gloria.

He creído en ella durante mucho tiempo; pero al enterarme de que el autor de *Laocoon* es desconocido, he visto la vanidad.

Hay, por otra parte, en mí algo más poderoso que me obliga a escribir: la *felicidad* de la inspiración, *delirio* que aventaja en mucho al delirio físico que nos enajena en los brazos de una mujer. La *voluptuosidad* del alma es más larga... El *éxtasis* moral es superior al éxtasis físico.

*algunos
orden
en un mundo
del teatro*

De Cristo.

La Humanidad debería caer de rodillas ante esta historia, porque el sacrificio es lo más hermoso que hay en el mundo, y un Dios nacido en un pesebre y muerto sobre la cruz sobrepasa los límites de los más grandes sacrificios.

De los romanos.

Era aquél un pueblo sabio, un pueblo industrial, sano y fuerte, como hay pocos. Sin filosofía, sin idealismo; no perdiéndose apenas en abstracciones, pero no considerando que el poder *sobre la tierra*, la grandeza *sobre la tierra* y la inmortalidad *sobre la tierra* sea la del nombre... En este punto, el cráneo de Bonaparte fué semejante a un cráneo romano, pues casi no se ocupaba de otra cosa.

Todo romano se consideraba como un actor: aceptaba tal o cual papel y lo representaba estudiándolo hasta donde podía llegar. «Yo desempeño el papel de republicano»—dijo Catón—. Terminado su papel, terminó la República y se mató. «He desempeñado el papel de emperador»—dijo Augusto—; aplaudid y bajad el telón: muero.» La vida pública de los romanos estribaba siempre únicamente en eso.

Pudor.

Un día, ella se mudaba de camisa; vió a su perro contemplarla y lamerle los pies; la camisa que se estaba quitando cayó demasiado pronto: todavía no tenía la otra puesta. Completamente desnuda, dejó caer la que iba a ponerse, y horrorizada, se arrojó en el lecho, desvanecida.

El único momento bello de una obra es aquel en que se escribe.

Una tragedia acerca del adulterio.

Por mucho que se haya abusado de este crimen, no se ha sondeado aún la profundidad de los suplicios del amante, de su vergüenza ante el esposo traicionado.

1830

Martes 27 de Julio.—Hoy comienzan las sublevaciones populares. Las Ordenanzas del 25 son la causa de ello. El rey va a Compiègne y deja a los ministros que hagan fuego sobre el pueblo. Se oyen las detonaciones mientras escribo. Me siento satisfecho de